

mentadas que otras y, por supuesto, hay como siempre los altibajos propios de las obras colectivas. Pesa ver los errores que provocan –no sé por qué– los títulos o nombres en lengua alemana. Así, por ejemplo, la historiadora Christina Hofmann, autora de un libro sobre el ceremonial de la Corte española, se convierte en Charles Hofmann, sin duda un nombre masculino (p. 63). En la página 550, la misma señora tiene el nombre hispanizado de “Cristina”. Ni el autor de la página 63, ni la autora de la página 550 se han dado cuenta de que esta antigua obra, publicada en 1985, ha sido reeditada en 2012. La autora se llama hoy en día, después de casarse, Christina Hofmann-Randall. Su obra tiene el título “Das Spanische Hofzeremoniell” y no “Spanische Zeremoniell” (p. 550).

Son pequeñas críticas, pero causa alguna pesadumbre que un miembro de la familia noble de los Khevenhüller, famosa también en España por ejercer varias veces el oficio de embajador imperial ante la corte del Rey Católico –Hans, por ejemplo, murió en 1606 en Madrid y está

enterrado en la iglesia de San Jerónimo el Real de la misma ciudad– se convierta en Kevenhüller (p. 559). Asimismo, fue el barón de Breuner quien recibió en 1639 el collar de la Orden del Toisón y no el barón de Breunner (p. 407). Cabe suponer que se habla de “lansquenetes” y no de “Lansgeneques” (p. 431). Y así en adelante... Es además de lamentar que algunos artículos terminen de forma bastante abrupta, sin al menos una conclusión. Un ejemplo: “Su fallecimiento tuvo lugar en Madrid en 1717.” (p. 253) ¡Con palabras así no se puede acabar un artículo de más que veinte páginas!

No obstante, hay que insistir en que la presente obra, en general, es excelente, muy útil y aclara además muchos de los problemas acerca de la Casa de Borgoña. Es de desear que todos los autores y autoras sigan en el futuro trabajando en campos de investigación tan importantes.

Friedrich EDELMAYER
Universität Wien

IMÍZCOZ, José M^a y CHAPARRO, Álvaro (eds.), *Educación, redes y producción de elites en el siglo XVIII*, Madrid, Editorial Sílex, 2013, 415 págs., ISBN: 978-8477-3784-26.

El impulso que José María Imízcoz y su equipo han venido dando en los últimos años a los estudios sobre las elites en la España del siglo XVIII se ha reflejado en un considerable número de publicaciones, fruto casi todas de ellas de seminarios de investigación celebrados en la Universidad del País Vasco. No es preciso insistir en que la figura de Imízcoz constituye un referente inexcusable para cualquiera que se acerque a la historiografía sobre elites y redes de poder en la

etapa borbónica. Pero, más aún, sus reflexiones teóricas en torno a esta temática siempre han estado a la cabeza de la innovación científica, mostrando vías de análisis, métodos de investigación y un sólido bagaje conceptual que ha servido de norte y guía no solo para el nutrido grupo de alumnos que se han formado bajo su tutela sino para cualquier investigador que haya pretendido acercarse al estudio de los grupos sociales dirigentes de la monarquía borbónica.

En este caso, la obra que reseñamos es el resultado de su propia iniciativa y de uno de sus alumnos más destacados, Álvaro Chaparro Sainz, especialista consumado en estudios relativos a educación en el siglo XVIII y, en particular, sobre el Real Seminario de Vergara. Así pues, nada mejor para dinamizar los estudios sobre las elites y la importancia de la educación en la reproducción de las mismas, que la convergencia de sendos especialistas en ambas materias.

Según las formulaciones iniciales del seminario que organizaron en su día, y cuyos resultados se recogen en este libro, al igual que otros proyectos dirigidos por José María Imízcoz, la ambición en los objetivos presidió aquel encuentro. A tal efecto lograron reunir a un nutrido grupo de especialistas en la materia que abordaron el estudio de la formación de las elites, desde la base que suponía la enseñanza en las escuelas primarias hasta la educación que se impartió en instituciones de nuevo cuño, surgidas muchas de ellas al calor de las ideas reformistas e ilustradas que florecieron en el último tercio de la centuria en distintos puntos geográficos de la monarquía. El resultado son los 20 trabajos que se reúnen en esta obra, cuyo análisis pormenorizado resulta de todo punto imposible abarcar en los límites de esta reseña.

Como bien señalan los editores en su introducción al libro, cada autor sigue su propio enfoque y cada texto tiene su valor en sí mismo. En efecto, una lectura transversal de la obra permite observar una multiplicidad de perspectivas de análisis que van desde la escala espacial local hasta el estudio de caso individual, pasando desde luego por las formulaciones teóricas y por trabajos que tratan de abarcar tanto coyunturas breves como

aproximaciones a instituciones durante toda la centuria. Es lógico que no exista uniformidad metodológica en una obra que reúne a investigadores de procedencias dispares, de “formación” diversa, y que, además, toman como punto de partida fuentes tan divergentes como las que van desde los registros estadísticos hasta una correspondencia particular. La propia articulación de los ejes temáticos y de los ámbitos de estudio produce una heterogeneidad temática que, en mayor o menor medida, trata de converger en el hilo conductor que supone reflexionar sobre la educación en la España borbónica desde el prisma de la historia social.

Si aludiésemos de forma específica a algunos artículos, probablemente lo haríamos de forma sesgada, pues sería producto más bien de nuestra particular afinidad hacia algunas de las temáticas que se incluyen en esta obra. No obstante, sí conviene resaltar que nos parecen como más innovadores todos aquellos trabajos que, para contribuir a una verdadera historia social de las elites, ponen el centro de sus análisis en reflexiones metodológicas de carácter relacional.

Desde una perspectiva temática, la obra se organiza en torno a trabajos que versan sobre las escuelas de primeras letras en el País Vasco (aportaciones de Javier Laspalas, Teófilo Aguayo y José María Imízcoz); la formación de los comerciantes (Silvia Jiménez Martínez de Lagrán y Guy Saupin); estudios sobre elites vascas (Rafael Guerrero Elecalde y Aitor Anduaga); casos particulares, bien relativos a personajes (Pablo Guijarro), bien a centros de formación (Álvaro Chaparro y Andoni Artola Renedo) o a territorios (Lucía Fernández Secades). Un segundo bloque de la obra lo conforman trabajos sobre los burócratas

(Teresa Nava), la educación de los marinos (González-Ripoll y Daniel Bermejo, Javier Esteban y Naiara Gorráiz), los militares (María Dolores Herrero, Martine Galland Seguela y Manuel-Reyes García Hurtado) y el clero (Jean-Pierre Dedieu, Stéphanie Bregeon y de nuevo Andoni Artola Renedo). Como es obvio, la presencia de un mayor número de referencias a las elites vascas está plenamente justificada, pero no tanto, como se podría suponer, por el propio proceso de organización del seminario, sino porque dichas elites jugaron un papel de primera fila en el conjunto de la administración y gobierno de la monarquía en el siglo XVIII.

Desde una perspectiva crítica, que trata al tiempo de ser constructiva, consideramos que tal vez habría sido pertinente la inclusión de un capítulo de síntesis final que incorporara los debates que, con toda seguridad, se produjeron en el seno del seminario que estuvo en el germen de este libro. Probablemente hubiera otorgado un valor añadido a la obra pues, entre otras cuestiones, habría permitido a los editores reflexionar en torno al análisis de la incidencia de la educación en la configuración de los grupos dirigentes. Dicha reflexión, que estamos seguros vertebrará futuros seminarios, debería ponderar uno de los aspectos que nos parecen fundamentales en cualquier investigación que pretenda analizar los vínculos existentes entre educación y conformación de elites. Se trataría de intentar aportar respuestas,

aunque por el momento sean meramente aproximativas, a la consideración que la propia monarquía otorgó a la educación a la hora de reclutar a sus elites dirigentes. O, en otros términos, debatir sobre el lugar que ocupó el “mérito de la formación” en un sistema político-administrativo que reclutaba a sus agentes —como el mismo Imízcoz y otros autores se han ocupado de demostrar en diversos estudios— en razón a la pertenencia de los actores sociales a poderosas redes clientelares, de patronazgo, de amistad o de paisanaje. Ya se avanza mucho en esta obra conociendo detalles sobre la formación del clero, burócratas, militares y marinos, pero resta indagar acerca del peso que esa educación pudo tener en las dinámicas de acceso y ascenso de esos mismos grupos en el seno de la monarquía.

En todo caso, esta consideración final pretende tan solo sugerir posibles vías de investigación de una línea de trabajo que, a nuestro juicio, debería tener plena continuidad en el futuro. El punto de inflexión para avanzar en los estudios sobre educación y formación de elites en la España del Antiguo Régimen ya está marcado con esta aportación, que viene a señalar el rumbo por el que puede discurrir la investigación en los próximos años.

Francisco ANDÚJAR CASTILLO
Universidad de Almería